



El desafío del Indo-Pacífico para China: avanzando hacia un nuevo orden geopolítico

Constanza Jorquera Mery

Introducción

El ascenso de China ha generado un intenso debate tanto a nivel académico como político respecto del futuro de la paz y seguridad en la región Asia-Pacífico. En ese escenario se presentan diagnósticos y propuestas teóricas que emergen a partir de dos interrogantes: 1) ¿cómo medir el crecimiento del poder de China? y si este será pacífico o no pacífico, 2) ¿qué factores contribuyen a la naturaleza pacífica o no pacífica del ascenso de China? (Peou, 2014, p. 121).

El presente artículo tiene por objetivo analizar la tensión entre el surgimiento y consolidación del proyecto geopolítico del Indo-Pacífico y la proyección geoestratégica de China en la región, a través de su política exterior.

El escenario actual enfrenta a China a un desafío regional, especialmente con sus países vecinos, entre los cuales converge una larga data de antagonismos nacionalistas y disputas marítimas sobre pequeños archipiélagos e islas deshabitadas. Estas competencias se presentan como una problemática para el actor respecto de su objetivo de consolidarse y legitimarse como potencia regional y global. Se da cuenta, de ese modo, de la contradicción existente en Asia Oriental en la que las relaciones económicas se caracterizan por los esfuerzos de cooperación e integración bajo una concepción cada vez más transnacional de la economía. Paralelamente, a nivel político, militar e incluso sociocultural, el territorio –uno de los ejes claves de la concepción de soberanía del Estado nación– se articula un juego de suma cero que no presenta señales de resolverse a corto plazo.

La emergencia del Indo-Pacífico como espacio geopolítico clave en el siglo XXI, establece importantes desafíos para un espacio que concentra a las grandes potencias económicas y militares a nivel global. Tras el fin de la Guerra Fría, tanto China como India comenzaron a ascender y sus políticas exteriores experimentaron ajustes significativos. La percepción mutua y los intereses proyectados en lo que se denomina como Indo-Pacífico adquirieron una importancia crítica en sus cálculos estratégicos, conforme la región se iba desarrollando y ofrecía una oportunidad ineludible de integrarse a la economía global. De ese modo, ambos países movilizaron sus recursos diplomáticos, políticos y económicos a su nivel óptimo para lograr sus objetivos.

Siguiendo a Kaplan (2012), la política de Estados como China es inherente a su geografía. Por esa razón, la concepción de espacio geopolítico es fundamental para conocer e identificar la imaginación geopolítica de los intelectuales del Estado chino, pues a pesar de que las fronteras actuales incluyen varios de los territorios perdidos¹ tras la decadencia de la dinastía Qing en el siglo XIX, “las estrategias económicas y diplomáticas de los actuales gobernantes chinos evidencian una idea de país que va más allá de la extensión territorial que alcanzó en tiempos de la dinastía Tang en el siglo VIII o durante el máximo esplendor de la dinastía Qing en el siglo XVIII” (p. 251).

En cuanto a su proyección hacia el Indo-Pacífico, China se diferencia de otros Estados litorales o insulares que persiguen el poder marítimo de manera natural, pues al ser una nación históricamente continental,

lo hace en parte como ostentación y mayormente como interés estratégico de asegurar un entorno de seguridad. Este país se encuentra en su fase inicial de conversión en potencia marítima y continental. Si bien se sitúa en una posición favorable a lo largo de su frontera al dominar la línea costera pacífica, se enfrenta a focos de tensión en el Mar del Este y Mar del Sur, porque allí se constituye una línea organizada de aliados de Estados Unidos que bloquean la proyección marítima de China, quedando el “encajonado” y atrapado. Dado que no ha alcanzado confianza en sí misma, Kaplan sostiene que la reacción de China ha sido agresiva al pensar el mar en términos territoriales sin dominar el mar abierto (pp. 271-272).

No son acciones de una gran potencia, serena gracias a su posición dominante, que no reconoce la hermandad del mar con otras marinas, sino de una potencia emergente y todavía inmadura, obsesionada con las humillaciones territoriales que sufrió en los siglos XIX y XX. (Kaplan, 2012, pp. 274-275)

Siguiendo a Cohen (2003), los dos mayores escenarios geográficos son el marítimo y el continental. Dichos escenarios crean espacio para el desarrollo de estructuras geopolíticas distintivas, pues mientras las economías basadas en el comercio marítimo y en la especialización constituyen sistemas más abiertos, aquellas con primacía en lo continental son más autosuficientes que las primeras y tienden a poseer sistemas políticos más cerrados y aislados. En lo que refiere a China, estaría atravesando un período de transición de énfasis desde el escenario continental al marítimo, producto de una reestructuración geopolítica resultante del fin de la Guerra Fría que ha generado la oportunidad de mejorar el rol del país en los asuntos internacionales. Paralelamente, posee una estructura geopolítica moldeada por una fuerza centrípeta que promueve la unidad política “reforzada por el sentido popular de estar inextricablemente vinculado a un territorio en particular”, expresado en lazos tanto simbólicos como físicos (pp. 34-35)².

Por consiguiente, la proyección del poder marítimo de China como expresión de sus intereses de política exterior de convertirse en una potencia dominante a nivel regional y global, conlleva una escalada de tensiones con sus países vecinos en torno a los conflictos territoriales en la zona que comprende el Mar del Este y el Mar del Sur de China³, los cuales datan desde hace siglos y consisten en reclamaciones yuxtapuestas entre siete países: China, Japón, Taiwán, Vietnam, Filipinas,

Malasia y Brunei. El escenario se complejiza a medida que los Estados mencionados aumentan sus capacidades militares y sus discursos nacionalistas van adquiriendo mayor relevancia en el quehacer político de sus élites.

La estructura del artículo es la siguiente. En primer lugar, se abordará el surgimiento del proyecto geopolítico del Indo-Pacífico contrastándolo con la evolución de la proyección estratégica marítima de China para, en segundo lugar, analizar el debate en la teoría de las relaciones internacionales sobre la eventual transición hegemónica y su expresión en la Gran Estrategia China. Finalmente, se expondrán las conclusiones.

¿Cómo la concepción y la materialización del Indo-Pacífico como estrategia geopolítica, genera una tensión con China?

Para el caso de China, la concepción de la soberanía se vincula directamente con la retórica de la humillación nacional y la expresión del nacionalismo chino en el territorio, haciendo de las reivindicaciones territoriales un componente de su interés unir los territorios perdidos desde las Guerras del Opio a mediados del siglo XIX. Este discurso cuenta con dos formas de materialización: 1) cartográfica o pictórica, es decir, a través de los mapas, los cuales resaltan el impacto de las ideas de humillación y nacionalismo y, además, advierten la cosmovisión respecto del vínculo sagrado entre el pueblo y el territorio, enfatizando en cómo los imperialistas se repartieron y desmembraron el territorio chino del imperio Qing (Callahan, 2004, p. 211); 2) despliegue naval e infraestructura, respecto a promover la presencia china tanto en los océanos Pacífico como en el Índico, por medio de la exploración y presencia permanente de naves chinas – principalmente pescadores y guardacostas –, explotación de recursos naturales en el mar, ejercicios militares, construcción de islas artificiales en los arrecifes del Mar del Sur y proyectos de infraestructura comercial y militar en el marco de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI).

Con respecto a la primera forma de materialización, los mapas, identificados por Anderson (1993) como una de las instituciones de poder que permiten “imaginar la comunidad nacional”⁴ y, por ende, corresponden

a una manifestación del nacionalismo, han sido utilizados por China como prueba de que las islas en controversia pertenecen al país desde larga data. A un nivel más profundo, la cartografía se erige como un mecanismo para la generación de identidad y memoria nacional, pues más que una reflexión científica, son proyectos políticos que movilizan a la población y una representación de la nueva identidad de China como gran potencia. Callahan (2012) denomina “cartografía de la humillación nacional” a los mapas existentes entre la creación de la República de China en 1912 y la invasión de Japón a China en 1937, en el marco de la Segunda Guerra Sino-Japonesa⁵, los cuales ponen énfasis en los “territorios perdidos” e interpelando a la verdadera soberanía nacional china, marcando las antiguas fronteras nacionales.

En este sentido, Japón e India se enfrentan al dilema de cómo lidiar con una China cada vez más poderosa y con una política exterior más asertiva, lo cual se extiende para los demás países de la región y Estados Unidos, si lo concebimos como un actor del Pacífico. Las economías de todos estos actores dependen, enormemente de las rutas marítimas de comunicación.

Algunas voces advierten que el Indo-Pacífico es, en realidad, un código para las agendas geopolíticas: el intento de Estados Unidos de frustrar a China, el juego de la India por la grandeza, el plan de Japón para recuperar la influencia, la búsqueda de Indonesia de apalancamiento, la construcción de alianzas de Australia, la excusa de Europa para romper el siglo asiático (...) Ciertamente, China siente riesgo e incomodidad en el término. Considera que Indo-Pacífico es el fundamento de, entre otras cosas, una estrategia para contener su poder a través de una alianza “cuadrilátera” de democracias: Estados Unidos, Japón, India, Australia. (Mecalf, 2020, p. 13)

La ruta marítima forma parte fundamental de la BRI que, articulada con el Sueño Chino, el concepto de comunidad con destino compartido para la humanidad⁶ y el plan *Made in China 2025*, son los grandes proyectos de gobernanza global del presidente Xi Jinping desde su llegada al poder. Paralelamente, el primer ministro indio Narendra Modi, desde su instalación en 2014, ha promovido una estrategia que busca consolidar una esfera de influencia natural a nivel marítimo, fomentar la seguridad en este espacio y la participación activa en esquemas multilaterales de cooperación regional (Mecalf, 2020). Por lo tanto, la tensión reside en si la concepción del mundo de China será comprendida y aceptada por los actores internacionales, particularmente

los países vecinos y la potencia hegemónica global, Estados Unidos, como eje gravitante en la región. Esto, dado que la conducta internacional de China presenta fuertes contradicciones entre el discurso y la práctica de su política exterior.

A partir de 1990, el principio por el cual se regía la política exterior de China era mantener un bajo perfil y no involucrarse en los mayores temas de la agenda internacional, con el fin de garantizar la estabilidad y seguridad necesarias para la sobrevivencia del régimen y los avances de las reformas iniciadas por Deng Xiaoping, ideas que definirían la imaginación geopolítica del período. Empero, a partir de 2006, los intelectuales del Estado llegaron al consenso de que se presentaba la oportunidad estratégica de dar un giro en la política exterior china. El imaginario geopolítico había cambiado hacia una imagen de mundo en la cual China debía asumir los deberes y responsabilidades de ser una potencia regional y, a pasos agigantados, convertirse en una potencia global, siguiendo tres objetivos centrales: integridad territorial, desarrollo económico y estatus internacional.

Para alcanzar los objetivos enunciados, que implican ejercer influencia en la toma de decisiones en las relaciones internacionales y lograr ser parte del “centro de poder”, China, en última instancia, ha buscado evitar que los actores regionales, incluido Estados Unidos, formen una alianza política y militar para contenerla, sin éxito. La creación del *Quadrilateral Security Dialogue* o *Quad*, un esquema de diálogo estratégico entre India, Japón, Australia y Estados Unidos creado en 2017, está movilizado por la tesis de la “amenaza china” y el diagnóstico de una creciente dinámica que estos actores han considerado similar a la Guerra Fría, para contener y contrarrestar los avances de China principalmente en el Mar del Sur de China.

La evolución del término “Indo-Pacífico” encaja muy bien en la realidad geopolítica actual en la que las cuestiones de conflicto, paz o cooperación que afectan a las distintas regiones de Asia se relacionan directa o indirectamente entre sí. De hecho, siempre ha existido un continuo estratégico entre los océanos Índico y Pacífico desde el pasado antiguo. El comercio, las comunicaciones, las peregrinaciones o los intercambios culturales habían unido a las civilizaciones de estos dos océanos. Hoy en día, existe un fenómeno extraordinario de seis a siete potencias principales, incluidos cuatro países que poseen armas nucleares y dos estados con capacidad nuclear que se encuentran dentro de la región. (Devare en Chandra y Ghoshai, 2018, p. 27)

En 2019, el Departamento de Estado de Estados Unidos publicó un documento que establece una visión compartida llamada “Indopacífico libre y abierto”. En dicho documento se establece un escenario en que se pueden prevenir los conflictos y promover el crecimiento económico bajo una competencia leal frente a los “intentos de limitar la autonomía y la libertad de elección de las naciones del Indopacífico” (Departamento de Estado, 2019, p. 5) y en marzo de 2021, la declaración conjunta “The Spirit of the Quad” consolidó esta visión, anclada en valores democráticos y libre de coacciones, sumando a Nueva Zelanda, Vietnam y Corea.

¿Una transición hegemónica inevitable?

Sorpong Peou (2010) argumenta que el realismo ha cambiado su foco hacia el ascenso de China como un hegemón con nuevas ambiciones políticas. El autor concibe al Estado como un poder que crece rápidamente y está insatisfecho con la jerarquía tradicional existente en el área diplomática, queriendo demostrar que no es una nación de segundo rango en la región. Asimismo, argumenta que desde la era de Mao Zedong, la elite política ha movilizó a la nación en función de estrategias de largo plazo, cuyo objetivo es responder a los cambios en el balance de poder, siendo una de ellas la extensión de conflictos de corto plazo con otros Estados. Esto último resultaría útil para mantener el apoyo al núcleo de la Gran Estrategia China, donde el fin de la Guerra Fría vino a reforzar esta tendencia (Peou, 2010, p. 23). En la misma línea, el Peou (2010) coincide con esta interpretación de la región, pues a medida que el poder económico de China crece, también busca expandir su poder militar mediante un programa de modernización militar multifacético –que incluye el incremento de su gasto en Defensa, la ampliación de la fuerza de misiles, y aumentar las capacidades navales–, pues “Beijing ya no esconde sus ambiciones a largo plazo de convertirse en una gran potencia marítima” (Peou, 2010, p. 24). Destaca además que, para los realistas pesimistas, como el realismo ofensivo de Mearsheimer, el ascenso de China probablemente no será pacífico pues, como potencia, “opera dentro del sistema internacional anárquico y por lo tanto se espera que mantenga su búsqueda de la maximización de poder relativo y estatus hegemónico que garantice su supervivencia y seguridad” (Peou, 2014, p. 121).

Mearsheimer (2010) establece que el avance de China no puede ser pacífico, debido a tres factores principales: 1) sus países vecinos y Estados Unidos buscarán contener su poder; 2) su conducta es impredecible en el futuro y una vez que consolide sus capacidades ofensivas, demostrará cuán comprometido está con el *statu quo*, y; 3) si bien China puede evitar la confrontación con unas fuerzas armadas defensivas en vez de ofensivas, éstas cuentan con un alto potencial ofensivo y en sus Libros Blancos de la Defensa, China justifica la modernización de su fuerza (pp. 392-395).

Esta visión pesimista de Mearsheimer es descrita por Kwon (2012), al recoger los antecedentes teóricos de cómo la academia aborda el ascenso de China y sus consecuencias para el orden internacional, particularmente las implicancias para la política exterior de Estados Unidos y su estatus en la región. Remarca en su diagnóstico que el sostenido crecimiento de China transformará su capacidad económica en capacidad militar, generando una competencia que potencialmente se convertiría en una amenaza para la seguridad regional, incluso al punto de desencadenarse una guerra (pp. 373-374).

En el trabajo citado por Kwon, Mearsheimer (2006) establece que, para predecir el futuro de Asia en el ámbito de la seguridad, es pertinente articular una teoría de las relaciones internacionales que consiga explicar cómo grandes poderes emergentes actúan y cómo reaccionan los demás Estados, proponiendo una propia, la que destaca que los Estados más poderosos desean ser actores hegemónicos en su región, y que para ello, se aseguran de que no existan otros poderes rivales que intentan dominar dicha región (pp. 160-161). A partir de este enfoque, “China intentará maximizar la diferencia de poder entre este y sus vecinos, asegurándose que ningún otro Estado en Asia tenga los medios para amenazarlo” (p. 162).

Lo enunciado previamente se explica, a juicio de Mearsheimer, porque el carácter autoritario o democrático, autocrático o profundamente inmerso en la economía global, tendrá poco efecto en su comportamiento, pues “las democracias se preocupan sobre la seguridad tanto como las no democráticas, y la hegemonía es la mejor manera para cualquier Estado para garantizar su propia sobrevivencia” (Mearsheimer en Peou, 2010, p. 35). Hasta la administración de Donald Trump, Estados Unidos no se había comportado acorde a la lógica realista

del autor, ya que Washington se había comprometido con involucrar a China en la economía política internacional en vez de contenerla. Sin embargo, en los últimos años se observa un aumento de la tensión entre ambas potencias, no solo por el aumento del poder material o “duro” de China, sino también debido al poder blando, al convertirse en “la primera nación desde la Unión Soviética en pugna con los Estados Unidos en términos de competencia para expandir la influencia internacional” (Peou, 2010, p. 36).

Asimismo, dentro del mismo paradigma realista, el intelectual chino Yan Xuetong (2011) busca responder preguntas centrales: 1. Si la competencia entre China y Estados Unidos derivará en un conflicto, 2. Si China puede convertirse y consolidarse como potencia de forma pacífica y 3. Si la conducta de China responderá a su trayectoria hegemónica histórica o instalará un tipo de liderazgo y hegemonía completamente nuevo.

Yan adopta una posición crítica respecto a la corriente principal de la escuela de pensamiento chino, considerando necesario cambiar la antigua y vigente política exterior que enfatiza la importancia de que China tenga un bajo perfil en el sistema internacional, por una posición más audaz coherente con el nuevo estatus del Estado como gran potencia mundial. Se recuperaría, de esa forma, su condición histórica como potencia de primer orden asumiendo mayores responsabilidades internacionales para mejorar su credibilidad estratégica con capacidades materiales y morales para un liderazgo duradero (Yan, 2011). El autor enfatiza que las respuestas al posible escenario de transición hegemónica de Estados Unidos a China se encuentran en las tradiciones chinas, pues en estas ideas y registros históricos nos permiten conocer su conducta internacional a lo largo del tiempo y establecer los cursos de acción futuros. Esto se debe a que en aplicar sistemas de ideas occidentales para analizar la conducta internacional de China puede conducir a equivocaciones y que, en el contexto actual, ya no serían del todo válidas debido a la multiplicidad de actores no occidentales en el sistema internacional.

Durante gran parte del siglo XX, marxistas y liberales chinos miraban a Occidente en busca de inspiración. Tales valores occidentales como la soberanía del Estado fueron adoptados como parte del discurso del gobierno debido a que China tenía que construir su poder interno libre de intimidación de las potencias extranjeras. Pero hoy en día, hay un mayor

reconocimiento del hecho de que China debe ejercer una influencia positiva en los asuntos internacionales [...] Pero los valores tradicionales chinos ayudan a los líderes chinos a dar sentido al nuevo énfasis en la responsabilidad internacional y canalizar las políticas de China de una manera moralmente deseables. (Yan, 2011)

Siguiendo al autor, la reducción de la brecha de poder entre China y Estados Unidos conducirá inevitablemente a que, en el siglo XXI, ambos países compitan por el liderazgo mundial. Más allá del ámbito económico o militar, la pugna será sobre la base del poder blando y del liderazgo moral y ético donde China juega con ventaja al ser una potencia emergente. El arsenal de las dos grandes potencias será “moral y humanitario”, y rivaliza por maximizar el número de aliados y las responsabilidades globales, ofreciendo más bienes públicos, más ayuda económica y más seguridad” (Yan, 2011, p. 1).

La Gran Estrategia China y el Indo-Pacífico: ¿proyectos contrapuestos?

Los enfoques históricos constituyen parte fundamental de la llamada “Gran Estrategia China”, que se origina con el fin de la Guerra Fría. Como establece Goldstein (2005), no se refiere a un plan formal y detallado elaborado por el Comité Central del Partido Comunista chino, sino que constituye un consenso entre los líderes del Estado chino respecto a cómo se debe dirigir la política exterior. La “Gran Estrategia China” sirve como guía para comprender el comportamiento internacional del país; por lo tanto, corresponde a la lógica en la que los líderes del Estado combinan las capacidades militares, políticas, diplomáticas y económicas con la visión particular del régimen para asegurar los intereses nacionales (pp. 17 y 19).

En este sentido, la Gran Estrategia China ha mutado significativamente desde el régimen liderado por Mao Zedong, particularmente a partir de la década de 1980, emergiendo dos factores que provocan un vuelco en la Gran Estrategia: 1) China era más segura ante la ausencia de un adversario explícito y de un alto riesgo de llegar a una guerra; 2) China comienza a preocuparse sobre cómo Estados Unidos, la única superpotencia sobreviviente, podría desafiar sus intereses vitales (Goldstein, 2005, p. 22). China necesitaba una estrategia que no sólo

serviera al “propósito negativo” de proteger los intereses nacionales fundamentales contra amenazas externas, pero también que serviera a un “propósito positivo” cada vez más destacado –diseñar el auge del país al estatus de una verdadera gran potencia que pudiera modelar, más que simplemente responder, el sistema internacional en el que opera–. La búsqueda de China de este objetivo sería parte de ello y contribuir a una tendencia global a largo plazo de la transformación del actual sistema unipolar donde Estados Unidos es la única superpotencia a un sistema multipolar en donde China será una de las varias grandes potencias (Goldstein, 2005, p. 24).

El Partido Comunista Chino (PCCh) ha conducido el accionar internacional del Estado a partir de dos objetivos simultáneos: elevar el reconocimiento del estatus de China como gran potencia y proteger al régimen frente a fuerzas desestabilizadoras. La política exterior ha sido formulada para servir a los objetivos enunciados mediante el mantenimiento de un entorno internacional favorable al crecimiento económico y estabilidad de China. De allí que, tras las protestas de la Plaza de Tiananmen en 1989, Deng le pidió a su sucesor, Jiang Zemin, mantener un bajo perfil y no buscar una posición de liderazgo en los asuntos internacionales, es decir, “no mostrar las propias capacidades y mantener un perfil bajo”, principio que se convirtió en un componente clave de la estrategia diplomática china. Desde entonces, China ha buscado que la comunidad internacional adquiriera una imagen favorable en el marco de su política de desarrollo pacífico y la búsqueda de un mundo armonioso, lo cual está basado en el objetivo subyacente de no asumir en su totalidad sus nuevas responsabilidades como líder global y focalizarse en la acumulación de recursos y poder, evitando la confrontación directa con sus principales aliados, así como con las grandes potencias (Cabestan en Breslin, 2010, p. 2).

Asimismo, la administración Jiang Zemin tuvo como objetivo promover el multipolarismo y un entorno favorable para aceptar a China, mostrando una imagen positiva y no ideológica, sobre todo hacia Estados Unidos, ya que buscaba instalarse como un aliado cooperativo y en igualdad de condiciones, declarando: “No puede existir un solo sistema social en el mundo. No queremos imponer el nuestro a los demás ni que los demás nos impongan el suyo” (Kissinger, 2012, p. 471). En función de dicho multipolarismo, China se presentó como un país en desarrollo y cuyo elemento clave en su política exterior era fortalecer

la solidaridad y cooperación entre los pueblos del “tercer mundo”. Dicho discurso se ha mantenido hasta el presente, pese a que el país se ha mostrado más agresivo frente a los países desarrollados del centro.

Los líderes chinos ya no volvieron a afirmar que representaban la verdad revolucionaria única que pudiera exportarse. Al contrario, propugnaron la meta básicamente defensiva de trabajar para conseguir un mundo no del todo hostil a su sistema de gobierno o de integridad territorial y para ganar tiempo a fin de poder desarrollar su economía y solucionar los problemas internos a su ritmo (Kissinger, 2012, p. 477). Por otro lado, se destaca el impacto de los cambios institucionales y las especificidades del régimen y su evolución en el período estudiado, donde resulta determinante el tipo de liderazgo ejercido por la cúpula política del Partido Comunista, de allí que sea posible identificar cambios tan agudos al comparar la administración Deng Xiaoping y Jiang Zemin con la administración Hu Jintao y Xi Jinping.

Cabe destacar lo que Christensen y Li (2013) denominan la “autopercepción de su seguridad”, que pasó de estar asociada a la búsqueda de comprender su posición en el sistema internacional. Se ha identificado como principal amenaza a: a) las invasiones externas en la década de 1960 y b) la búsqueda por recuperar su lugar histórico en el mundo desde el inicio de la administración de Xi Jinping en 2013, justificado por su tamaño, población y cultura milenaria, siendo la pobreza interna y el subdesarrollo las mayores amenazas para la seguridad nacional. Por lo tanto, todos los elementos del poder del Estado están orientados a garantizar la estabilidad respecto a su crecimiento económico sostenido y acumulación de recursos naturales estratégicos. Para convertirse en potencia con aspiraciones globales, debiera cumplir con sus cuarenta años de modernización y desarrollo sostenido en cuatro esferas críticas: agrícola, industrial, científico-tecnológico y militar. Ello, dado que el objetivo central de la estrategia nacional de China es la modernización, logrando el equilibrio entre lo económico y militar, a través de la perpetuación de un crecimiento económico sostenido, atraer el máximo de recursos y reducir las amenazas externas que puedan agotar dichos recursos (Lampton, 2007, pp. 117-118). En efecto, para Womack (2013), a medida que el poder de China aumenta, también lo hacen sus vínculos económicos, de modo que la adopción de una postura ofensiva y agresiva por parte del Estado en la región aumentaría considerablemente su vulnerabilidad (p. 921).

El discurso y la estrategia de política exterior se han mantenido hasta la actualidad, pero con algunas variaciones. Como señala Zhang (2010), a partir de 2006 se percibe un cambio en la política exterior de China al adquirir un nuevo rol en el sistema internacional, aunque se mantienen lineamientos centrales en función de sus intereses, tales como: 1) la tendencia a buscar el balance de poder con las grandes potencias; 2) reacomodar el orden de varias regiones del mundo, incluyendo las que están fuera de su contexto geográfico natural como Asia Central y África; y 3) una estrategia de seguridad económica que ha contribuido a fortalecer la presencia diplomática de China y promover su influencia regional y global mediante el poder blando (p. 41).

Subyace a todo este período la idea de “oportunidad estratégica”, ya que los líderes del PCCh con Hu Jintao a la cabeza, estaban convencidos de que la convergencia entre las dinámicas del sistema internacional y los procesos internos del país creaban un momento histórico que debía aprovecharse para dar un gran paso en su desarrollo, y de no hacerlo, China quedaría rezagada de los avances del mundo (Kissinger, 2012, p. 512). Al mismo tiempo, esta concepción plasmada en la política exterior china supone un esfuerzo por profundizar los vínculos con otras regiones a través de la diplomacia económica y el *soft power*⁷. Es en ese marco se publicaron Libros Blancos específicos para cada región, particularmente con los países en desarrollo, de los cuales obtiene los recursos naturales estratégicos tanto para su consumo interno como para su plan de cuatro modernizaciones y con los cuales tiene una relación basada en los siguientes supuestos: 1) comprar materias primas; 2) realizar inversiones para la producción de recursos naturales e infraestructura; 3) exportar manufacturas y 4) reducir la influencia de Estados Unidos al promover la multipolaridad en el sistema internacional.

Empero, para comprender la evolución de la política exterior de China desde 1990 hasta la actualidad, cabe destacar que se identifican tres ejes o enfoques históricos mediante los cuales se ha articulado su conducta internacional y, por lo tanto, su narrativa geopolítica. El primero es la reclamación de su estatus como la mayor potencia regional, lo que también se denomina “rejuvenecimiento” o “revitalización”; mientras que el segundo es la victimización frente al “siglo de la humillación” a partir de la intervención de Occidente y Japón y, finalmente, una visión de la seguridad de tipo defensiva a partir de un temor histórico de que

“potencias extranjeras intenten restringirla o coaccionar explotando su debilidad interna” (Medeiros, 2009, XVI).

Medeiros (2009) plantea que este cambio se debe a un período de rápido cambio social y de transición económica que ha tenido lugar desde la década de 1990, el cual ha minado la legitimidad del PCCh. El partido se encontraría en un estado frágil en ciertos sectores de la sociedad, de modo que ya no puede diseñar e implementar políticas sin considerar en parte a los grupos de interés y opinión pública, pese al nivel de centralización del poder en el régimen chino.

Ello ha llevado a que el proceso de toma de decisiones en política exterior se complejiza por la creciente diversificación de actores, y a partir de la administración del presidente Hu Jintao se promovieron esfuerzos para reforzar la coordinación inter-agencial en todos los niveles del gobierno (Medeiros, 2009, pp. 194-195).

Para Jacques (2009), el fuerte arraigo del pueblo chino con el sentido de unidad y el compromiso al cual apelan los líderes del Estado a nivel discursivo para mantener la estabilidad y la armonía, responde a tres dimensiones: 1) la prioridad fundamental de la unidad tanto entre el Estado y el pueblo; 2) el papel central del Estado el cual debe garantizar el mantenimiento que mantiene esta unidad; 3) un potente sentido de una identidad china común que sustenta compromiso de todo el pueblo con la unidad (p. 82). Por lo tanto, las condiciones de unidad de pueblos y territorios, así como la estabilidad doméstica e internacional de China son determinantes para alcanzar el poder nacional integral.

El enfoque de la soberanía jurisdiccional por parte del Estado chino ha estado definido, principalmente, por el uso o amenaza del uso de la fuerza, así como la relación entre el Estado y los pueblos residentes dentro de sus límites territoriales. Desde la instalación de la República Popular, sus líderes han insistido en identificar a Taiwán, Tibet y Hong Kong como partes inalienables del territorio chino y sus habitantes como miembros del Estado. No obstante, desde la década de 1980, ha optado, progresivamente, por una conducta favorable al *status quo* en las fronteras continentales y ha concentrado sus reclamaciones territoriales en el mar, donde la posición china ha sido menos flexible (Carlson en Breslin, 2010, p. 56). Asimismo, la concepción de la soberanía se vincula directamente con la retórica de la humillación nacional

y la expresión del nacionalismo chino en el territorio, haciendo de las reivindicaciones en el Mar del Este y Mar del Sur el interés nacional de unir los territorios perdidos bajo el liderazgo de China.

En 2004, el expresidente Hu Jintao se refirió a la importancia de establecer un “océano armonioso” como componente del “mundo armonioso”, donde subyace el interés nacional por la estabilidad para garantizar un desarrollo económico sostenido (*National Institute for Defense Studies*, 2012, p. 2). Asimismo, en el marco del 18° Congreso del Partido Comunista de 2012, Hu Jintao declaró que “China aplica una política de defensa nacional de carácter defensivo. Nuestros esfuerzos para fortalecer objetivo de defensa nacional para salvaguardar la soberanía, la seguridad y la integridad territorial de China y garantizar su desarrollo pacífico” (Xinhuanet, 17-11-2012). En el mismo año, enfatizó sobre la importancia de “mejorar nuestra capacidad para la explotación de los recursos marinos, resueltamente salvaguardar los derechos e intereses marítimos de China, y convertir a China en una potencia marítima” (*South China Morning Post*, 8 de noviembre de 2012). Por lo tanto, siguiendo a Holmes y Yoshihara (2010), el interés de China en esta nueva concepción hacia el espacio marítimo es asegurar el acceso para sí misma e impedir dicho acceso a otros Estados, en una primera etapa en su periferia marítima inmediata o “mares cercanos” y en una segunda etapa, extenderá su campo de acción y acceso fuera de esa periferia, es decir, hacia los mares lejanos, en la forma de anillos geográficos que se proyectan fuera de las costas chinas (p. 11).

Cabe destacar que el objetivo de China de tener unas fuerzas armadas fuertes y poderosas no responde solo a los lineamientos de la Gran Estrategia que busca posicionarse como gran potencia en el sistema internacional. En la “*Estrategia Militar de China*” publicada en mayo de 2015, destaca en primer lugar, la caracterización que se realiza de la situación de seguridad nacional actual, marcada por un cambio histórico en el balance de poder, así como en el entorno geoestratégico en Asia Pacífico y, aunque se descarta la probabilidad de ocurrencia de una guerra mundial, se identifican amenazas de hegemonismo, neo-intervencionismo y la competencia internacional por la redistribución de poder, derechos e intereses se ha intensificado (Ministerio de Defensa Nacional de China, 2015).

En segundo lugar, en la misma sección, se hace directa referencia a las controversias limítrofes marítimas, declarando:

En las cuestiones relativas a la soberanía territorial y derechos e intereses marítimos de China, algunos de sus vecinos en alta mar toman acciones provocadoras y refuerzan su presencia militar en los arrecifes e islas de China que han ocupado ilegalmente. Algunos países externos también están ocupados entrometiéndose en los asuntos del Mar del Sur de China; unos pocos mantienen constante vigilancia y reconocimiento aéreo y marítimo contra China. Por tanto, es una tarea de larga data para China salvaguardar sus derechos e intereses marítimos. (Ministerio de Defensa Nacional de China, 2015)

En la misma línea, India publicó su Estrategia Marítima en 2007 y su Doctrina Marítima en 2014, poniendo especial énfasis en el acceso y la seguridad de las rutas marítimas de comunicación en el Mar del Sur de China, en el océano Índico y el golfo Pérsico como áreas de interés primarias y secundarias para el ejercicio de su poder marítimo. Esto guarda coherencia con su decisión de participar en el Quad y establecer vínculos estratégicos con aquellos países que componen este esquema y los países miembros de ASEAN, fortaleciendo la posición de India como un contrapeso asiático a China, lo que es particularmente interesante para Estados Unidos.

Así, el enfoque estadounidense de “regresar a Asia” y el esfuerzo junto a sus aliados de reconfigurar el marco geopolítico en la región es percibido como una amenaza directa por parte de China, considerando la centralidad del Mar del Sur de China para las aspiraciones estratégicas no solo para las potencias involucradas, sino también como eje gravitante de la economía global.

Conclusiones

Uno de los grandes interrogantes respecto a la capacidad de China de consolidarse como potencia hegemónica regional y ser legitimado por los actores involucrados, para dar el salto a convertirse en una potencia hegemónica global, se refiere a que si el código geopolítico chino podrá conformar un nuevo orden geopolítico mundial.

A modo de proyección, dado que se requiere que el orden hegemónico

existente se desintegre, China no ha completado sus cuatro modernizaciones para que esa voluntad política se exprese en una conducta internacional determinada. Si bien la tendencia en la evolución del imaginario geopolítico chino da cuenta de sus aspiraciones de instalarse como potencia hegemónica, no cuenta con los condicionantes materiales y simbólicos o de *hard power* y *soft power* para lograrlo. De allí, que mantener la estabilidad en la región —especialmente respecto a no definir las soberanías territoriales y marítimas en el Mar del Este y Mar del Sur—, resulte funcional a los intereses medulares presentes, pero su accionar puede derivar en la dirección opuesta.

A partir de 1990, el principio por el cual se regía la política exterior de China era mantener un bajo perfil y no involucrarse en los mayores temas de la agenda internacional para garantizar la estabilidad y seguridad necesarias para la sobrevivencia del régimen y los avances de las reformas iniciadas por Deng Xiaoping. A partir de 2006, se presentó la oportunidad estratégica de dar un giro en la política exterior china, hacia una imagen de mundo en la cual China debía asumir los deberes y responsabilidades de ser una potencia global, siguiendo tres objetivos centrales: integridad territorial, desarrollo económico y estatus internacional.

Para alcanzar estos objetivos, que implican ejercer influencia en la toma de decisiones en las relaciones internacionales y lograr ser parte del “centro de poder”, China, en última instancia, busca evitar que los actores regionales, incluido Estados Unidos, formen una alianza política y militar para contenerla. De lo afirmado previamente surge la importancia de la estrategia de desarrollo pacífico, considerando que junto con la revitalización o rejuvenecimiento de la nación y la victimización, el enfoque de seguridad defensiva es otro de los componentes que moldean la imaginación geopolítica de China actual, basado en los miedos que históricamente ha tenido el país hacia las potencias extranjeras.

Sin embargo, los elementos de desarrollo pacífico y mundo armonioso en su política exterior se expresan de forma más plausible hacia los actores extra regionales, dado que su enfoque de “defensa activa” en su entorno geopolítico inmediato es percibido como una conducta hostil y expansionista. Esta percepción impacta directamente en cómo los Estados del Indo-Pacífico articulan sus propios proyectos geopolíticos

en reacción a la Gran Estrategia china, lo cual podrá generar focos de inestabilidad en la región.

A medida que el “ascenso de China” y su estatus como potencia global toman fuerza en los cálculos de política exterior de los actores en el sistema internacional, las expectativas de éstos han aumentado. Principalmente es observable en torno al cuestionamiento de si este auge será pacífico o no –en especial en la dimensión de la modernización militar–, si es un Estado revisionista o no y cuáles serán las consecuencias a nivel regional y mundial.

Respecto a las justificaciones para los intereses de la política exterior china, estas son principalmente dos: 1) Victimización y pasado glorioso chino y 2) cuatro modernizaciones, donde la historia del país y su asociación a la territorialidad juega como fuerza gravitante en la conducta china tanto hacia sus vecinos como a nivel global. Asimismo, es posible establecer que a nivel de código geopolítico local –ya que China considera al Mar del Este y Mar del Sur como parte de la integridad del territorio chino–. La justificación histórica victimizadora es utilizada con mayor énfasis, dado que los líderes deben argumentar sus cálculos al pueblo, resaltando elementos como el nacionalismo y la humillación; mientras que, a nivel más amplio y global, se apela más profundamente a la justificación histórica modernizadora.

Este pragmatismo y realismo son claves para comprender el comportamiento internacional de China. La postura pacífica exaltada en el discurso de política exterior y con voluntad de profundizar la cooperación multilateral dependen del beneficio y las ganancias relativas que ella obtenga de los acuerdos y normas internacionales, que en el caso de aquellos países con los cuales enfrenta controversias limítrofes marítimas, se materializa en la separación de estas y otros temas de la agenda bilateral con estos, como la relación comercial. Sin embargo, no está claro si los intereses de la Gran Estrategia China tienen como correlato la voluntad política de asumir costos y ceder en ciertos aspectos en función de mantener la estabilidad regional, y como la mayor potencia en el Indo-Pacífico, es un reto que debe aceptar.

A modo de proyección, dado que se requiere que el orden hegemónico existente se desintegre, China no ha completado sus cuatro modernizaciones para que esa voluntad política se exprese en una conducta

internacional determinada y si bien la tendencia en la evolución de la imaginación geopolítica china da cuenta de sus aspiraciones de instalarse como potencia hegemónica. China no cuenta con las condicionantes materiales y simbólicas o de *hard power* y *soft power* para lograrlo. De allí que mantener la estabilidad en la región – especialmente respecto a no definir las soberanías territoriales y marítimas en el Mar del Este y Mar del Sur –, resulte funcional a los intereses nacionales, pero su accionar puede derivar en la dirección opuesta.

El mar es una fuerza geográfica y una idea permanente en la evolución histórica de las naciones costeras, pero no es hasta que los tomadores de decisiones lo visualizan como un espacio geopolítico de interés y clave para alcanzar sus intereses nacionales permanentes, que se configura un proyecto geopolítico particular, el cual, si es lo suficientemente fuerte y es capaz de influir en la conducta y en percepción de los demás actores de este mismo espacio. Sin duda, nos encontramos frente a un escenario de transformación en el sistema internacional que da cuenta de un esquema más flexible y complejo que un simple “regreso” a la bipolaridad y las dinámicas geopolíticas de la Guerra Fría.

NOTAS

1. Los territorios perdidos de China durante el siglo XIX son: “el sur de Nepal y Birmania que pasaron a manos de Gran Bretaña, Francia se quedó con Indochina, Japón se adjudicó Taiwán, Corea y Sajalín, y Mongolia, Amuria y Lussuria se incorporaron a Rusia” (Kaplan, 2012, p. 250).
2. Las citas corresponden a traducciones propias del inglés al español.
3. Área rica en hidrocarburos, gas natural, pesca y centro de las rutas de comercio marítimas más importantes del mundo.
4. Para el caso específico de China, la referencia a lo “nacional” adquiere relevancia interpretativa considerando que se entiende, analíticamente, que no se presenta una tensión entre civilizaciones y nacionalismo, conceptos mutuamente correspondientes. Ello se explica porque el

nacionalismo para los chinos significa la unidad del pueblo, consolidada bajo el liderazgo del PCCh a partir de la Revolución de 1949, y sus relaciones exteriores con otros Estados se conciben en dicho nivel, es decir, China se relaciona con otros “pueblos”. Como señala Jacques (2009), la identidad china fue articulada previo a asumir un estatus como Estado-nación, de modo que debe ser entendido como un Estado-civilizacional.

5. Esta guerra se conoce en China como la de resistencia antijaponesa del pueblo de China.
6. En diciembre de 2017, Xi Jinping, secretario general del Partido Comunista de China (PCCh) y presidente chino, señaló en su discurso que “la construcción de la comunidad con destino compartido para la humanidad necesita la participación de todo el mundo. Debemos unir a las personas de diferentes pueblos, diferentes creencias, diferentes culturas y diferentes lugares para construir juntos dicha comunidad” (Xinhuanet, 30 de enero de 2018).
7. Para Joseph Nye (2004), quien acuñó el concepto que el poder blando es la “habilidad de moldear las preferencias de otros (...) es la habilidad de establecer preferencias tendientes a ser asociadas con activos intangibles tales como una personalidad atractiva, valores e instituciones culturales y políticos, y políticas que son vistas como legítimas o que tienen autoridad moral” (p. 5). En política internacional, por lo tanto, las fuentes del poder blandos son tres: 1. Cultura, 2. Valores políticos, 3. Política exterior, cuyos efectos dependen del contexto, pero sobre todo, de la existencia de la voluntad de quienes interpretan y reciben estas fuentes (p. 16).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A free and open Indo-Pacific. Advancing a shared vision (2019). Washington D.C: Departamento de Estado. <https://www.state.gov/wp-content/uploads/2019/11/Free-and-Open-Indo-Pacific-4Nov2019.pdf>
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.

- Breslin, S. (2010). *Handbook of China's International Relations*. Routledge.
- Callahan, W. (2004). National Insecurities: Humiliation, Salvation, and Chinese Nationalism. *Alternatives*, 29, pp. 199-218.
- Callahan, W. (2012). The Cartography of National Humiliation and the Emergence of China's Geobody. *Public Culture*, 21 (1), pp. 141-173.
- Chandra, S. y Ghoshal, B. (editors) (2018). *The Indo-Pacific Axis: Peace and Prosperity or Conflict?* Routledge.
- China should become 'maritime power', Hu Jintao says (8 de noviembre de 2012). South China Morning Post. <http://www.scmp.com/news/china/article/1077858/china-should-become-maritime-power-hu-jintao-says>
- Christensen, P. M. y Li, X. (2013). China's Self-perception of Its Security Situation: The Nexus of the Internalities and Externalities. *Journal of China and International Relations*, 1(2), pp. 43-69.
- Cohen, S. (2003). *Geopolitics of the World System*. Rowman & Littlefield.
- Concepto de comunidad con destino compartido para la humanidad tendrá un gran impacto en el mundo, señala experto brasileño (30 de enero de 2018). Xinhuanet. http://spanish.xinhuanet.com/2018-01/30/c_136936860.htm
- Full text of Hu Jintao's report at 18th Party Congress (17 de noviembre de 2012). Xinhuanet. http://news.xinhuanet.com/english/special/18cpc-nc/2012-11/17/c_131981259_12.htm
- Goldstein, A. (2008). *Rising the challenge: China's grand strategy and international security*. National University of Singapore Press.
- Holmes, J. y Yoshihara, T. (2010). *Red Star over the Pacific: China's Rise and the Challenge to U.S. Maritime Strategy*. Naval Institute Press.
- Jacques, M. (2009). *When China rules the world: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*. Penguin.
- Kaplan, R. (2012). *La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*. RBA Libros.
- Kissinger, H. (2012). *China*. Nueva York. Penguin Books.
- Kwon, E. (2012). Invisible Anxiety: Would the Rise of China Really Be a Security Threat to the United States? *Pacific Focus*, 27(3), pp. 369-392.
- Lampton, D. (2007). The faces of Chinese power. *Foreign Affairs*, 86 (1),

pp. 115-127.

- Mearsheimer, J. (2010). The Gathering Storm: China's Challenge to US Power in Asia. *The Chinese Journal of International Politics*, 3, pp. 381–396.
- Medcalf, R. (2020). *Contest for the Indopacific. Why China won't map the future*. La Trobe University Press
- Medeiros, E. (2009). *China's International Behavior: Activism, Opportunism, and Diversification*. RAND Corporation.
- Nye, J. (2004). *Soft power. The means to success in world politics*. Public Affairs.
- Peou, S. (2010). *Peace and Security in the Asia Pacific. Theory and Practice*. Praeger.
- Peou, S. (2014). Why China's Rise May Not Cause Major Power-Transition War: Review Essay. *Asian Politics & Policy*, 6 (1), pp. 121-131.
- Quad Leaders' Joint Statement: "The Spirit of the Quad" (2021). Washington D.C: The White House. <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements-releases/2021/03/12/quad-leaders-joint-statement-the-spirit-of-the-quad/>
- Womack, B. (2013). Beyond win-win: rethinking China's international relationships in an era of economic uncertainty. *International Affairs*, 89 (4), pp. 911–928.
- Yan, X. (2011). *Ancient Chinese Thought Modern Chinese Power*. Princeton University Press.
- Yan, X. (2012). "The weakening of the unipolar configuration". En: Leonard, M. *China 3.0*. European Council on Foreign Relations.
- Zhang, B. (2010). Chinese Foreign Policy in Transition: Trends and Implications. *Journal of Current Chinese Affairs*, 39 (2), pp. 39-68.

RESUMEN

El Indo-Pacífico se ha convertido en uno de los espacios geopolíticos más desafiantes y gravitantes en el sistema internacional. Como potencia dominante en la región, China cuenta con una política exterior cada vez más asertiva, así como un aumento de sus capacidades marítimas que apuntan a detentar un mayor control sobre las rutas marítimas clave tanto para sus propios intereses nacionales y de desarrollo como para el comercio internacional, que es una parte central del gran proyecto de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI).

Como respuesta, el posicionamiento estratégico cuadrilateral entre Estados Unidos, India, Japón y Australia en el llamado Quad, supone una cooperación entre aliados regionales y socios de seguridad para contener los avances de China, moviendo el equilibrio regional bajo la idea de Indo-Pacífico como forma de imaginación geopolítica en un escenario donde la búsqueda de hegemonía por cualquiera de los actores generará resistencias. El presente artículo tiene por objetivo analizar la tensión entre el surgimiento y consolidación del proyecto geopolítico del Indo-Pacífico y la proyección geoestratégica de China en la región, a través de su política exterior.

ABSTRACT

The Indo-Pacific has become one of the most challenging and gravitating geopolitical spaces in the international system. As the dominant power in the region, China has an increasingly assertive foreign policy and increased maritime capabilities to gain greater control over crucial shipping lanes for its own national and development interests and International Trade, which is the central part of the large Belt and Road Initiative (BRI) project.

In response, the quadrilateral strategic positioning between the United States, India, Japan, and Australia in the so-called Quad, supposes cooperation between regional allies and security partners to contain the advances of China, moving the regional balance under the idea of Indo-Pacific as a form of geopolitical imagination in a scenario where the search for hegemony by any of the actors will generate resistance. This article aims to analyze the tension between the emergence and

consolidation of the Indo-Pacific geopolitical project and China's geostrategic projection in the region through its foreign policy.

RESUMO

O Indo-Pacífico tornou-se um dos espaços geopolíticos mais desafiadores e gravitacionais no sistema internacional. A China, como potência dominante na região, tem uma política externa cada vez mais assertiva, assim como um incremento em suas capacidades marítimas que visam obter maior controle sobre as principais rotas marítimas, tanto para seus próprios interesses nacionais e de desenvolvimento quanto para o comércio internacional, que é uma parte central do grande projeto da Iniciativa do Cinturão e Rota (BRI).

Em resposta, o posicionamento estratégico quadrilateral entre os Estados Unidos, Índia, Japão e Austrália, no chamado Quad, supõe uma cooperação entre aliados regionais e parceiros de segurança para conter os avanços da China, movendo o equilíbrio regional com a ideia do Indo-Pacífico como forma de imaginação geopolítica em um cenário onde a busca pela hegemonia por qualquer um dos atores criará resistências. Este artigo tem como objetivo analisar a tensão entre o surgimento e a consolidação do projeto geopolítico Indo-Pacífico e a projeção geoestratégica da China na região, por meio de sua política externa.